

Florence Thomas

Psicóloga. Profesora titular (p)

Universidad Nacional de Colombia

Coordinadora Grupo Mujer y Sociedad

Cómo me volví feminista: un homenaje al Grupo Mujer y Sociedad¹

¹ Partes de este texto se encuentran en *"Florence Thomas, género: femenino. Un ensayo autobiográfico"* Aguilar, 2003.

dos guerras mundiales. Y, desde que llegué a Colombia en 1967, la guerra y sus estragos siguen presentes y continúan sustentando gran parte de mi manera de ser feminista. Viviendo en Colombia, no hay manera de escapar de esta pesadilla guerrerista que tiene unos efectos muy concretos y muy dolorosos sobre la vida de las mujeres.

Ahora bien, en este escrito escogí hablar de mi feminismo desde el Grupo Mujer y Sociedad, sin el cual no sería la mujer que soy hoy. Es con este grupo, que nació al lado del Jardín de Freud de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, que me volví feminista. Con solo unas cinco o seis mujeres en sus primeros meses y 10 a 12 hoy, 25 años después, el grupo que debía llamarse Grupo Lillith –se llamó Grupo Mujer y Sociedad por razón puramente académica– fue ese calido útero que me cambió la vida. Que la cambió a todas nosotras. En este grupo supe que podíamos soñar con otros mundos posibles; gracias al trabajo colectivo entendí mis anhelos de paz y de no violencia tanto en los espacios privados como en los públicos.

Desde el principio, todas éramos mujeres de ciencias sociales, docentes de la Universidad y todas, de alguna manera y por diferentes razones, necesitábamos con urgencia respuestas vitales referentes al sentido de nuestra existencia en cuanto mujeres insertas en un mundo todavía excesivamente patriarcal. Además, aun cuando este motivo no estuviera muy explícito en los inicios del grupo, todas estábamos habitadas por el deseo de develar los mecanismos sutiles o burdos utilizados por una institución intelectual como nuestra universidad para mantener en su seno, en sus disciplinas y hasta en sus prácticas pedagógicas, tanta dominación masculina.

Algunas de nosotras habíamos leído *El oficio de sociólogo o Los herederos*, de Pierre Bourdieu, y sentíamos la necesidad de entender el modo como se constituía y reproducía tanto poder, tanta jerarquía académica y tanta misoginia en un centro como la Universidad Nacional de Colombia, que se nombraba vanguardia del saber y de las tendencias revolucionarias. Importante precisar que estábamos en los inicios de la década de los ochenta. Y quisiera ahí volver a citar algunas partes de un libro mío que buscan explicar cómo era, cómo se trabajaba y qué se hacía en el Grupo Mujer y Sociedad.

Tal vez lo que sintetizaría mejor el porqué y el cómo de mi feminismo se encuentra en el *Manifiesto Feminista* que escribí para el 8 de marzo de 2008. También, muchas razones de mi feminismo se encuentran en otro texto que ya tiene unos 5 ó 6 años, titulado “Utopía: una fonética con sabor a mujer”, publicado en la revista *Palimpsesto* (No. 4, Bogotá, 2004) de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional. Y, por supuesto, en mis libros y muy particularmente en ese ensayo autobiográfico *Florence Thomas, Género: femenino* (Aguilar, 2003), así como en *Conversaciones con Violeta* (Aguilar, 2006) y *Florence de la A a la Z* (Aguilar, 2008). Igualmente, de muchos artículos y columnas de El Tiempo se pueden extraer razones de mi feminismo. Aun cuando el feminismo de mis 35 ó 40 años no es exactamente el de hoy. No es el mismo, y sin embargo hay algo que sigue muy fuertemente presente en mi manera de ser feminista, bien sea cuando tenía 35 años, bien sea con mis 66 años a cuestas... y es una firme creencia en la posibilidad de otros mundos posibles.

Eso es tal vez lo que define mejor el porqué de mi feminismo. Soñar con otros mundos posibles desde un ser mujer, desde un cuerpo de mujer y desde una situación de mujer. Habría que añadir también otro elemento que alimenta sin cesar esta utopía mía y es el hecho de haber nacido en 1943 en Normandía (Francia), en plena segunda guerra mundial, y haber sido alimentada de historias de guerra. La generación de mis padres vivió

Tendría que decir, ante todo, que los primeros años fueron eufóricos, embriagantes, como supongo le ocurrió a muchos grupos de mujeres en sus inicios. Nos reuníamos con esa disciplina propia de las mujeres cuando se les mete adentro el bicho de la pasión por cambiar el mundo, es decir, en este caso, por cambiarse a sí mismas porque –ya todas lo intuíamos– era una premisa necesaria para cambiar el mundo. Y estábamos conscientes de la pequeña revolución que se generaba cada jueves en los corredores del Departamento de Psicología de la Universidad Nacional. Sin embargo, en estos albores del feminismo, teníamos que caminar prudentemente para poder sobrevivir en semejante jungla patriarcal universitaria.

El grupo, quizá sin ser muy consciente de ello, estaba construyendo un espacio no solo académico sobre la cuestión femenina y las grandes teorías feministas del momento, sino vivencial porque nunca descartaría las emociones, el cuerpo y ese fantástico capital humano que representa un colectivo de una docena de mujeres decididas a trabajarse a sí mismas para poder más adelante transmitir sus saberes desde la coherencia interna y la autenticidad de su discurso. Frente a este saber subversivo que encarnaba lo aún no pensado, lo aún no dicho –por lo menos desde la academia colombiana–, fuimos descubriendo que para cambiar a nuestras semejantes

era imprescindible cambiarnos a nosotras mismas. Y lo sigue siendo porque los caminos del cambio, personal y colectivo, son incesantes. Sin embargo, todas no estaban dispuestas a vivir esto. Y lo entiendo. Existen diferentes maneras de ser feministas. Ya nos lo decía Gina Vargas, feminista peruana, amiga nuestra, quien desde ese entonces más de una vez se convertía en maestra para nosotras: “Feminismo ya no en singular sino en plural, expresado de múltiples formas y en múltiples espacios”.

Y si hemos aprendido algo en relación con el feminismo es que existen diferentes feminismos y diferentes maneras de asumir el feminismo. Hoy se expande en una red de iniciativas sectoriales y asume una variedad de formas de compromisos. Hoy día coexisten feminismo liberal o de la igualdad, feminismo de la diferencia, feminismo autónomo, feminismo académico y feminismos militantes, cuyas coexistencias y convivencias no son siempre fáciles. Esto lo sabemos hoy, aun cuando en los inicios del Grupo Mujer y Sociedad no era todavía tan claro.

Quisiera entonces recordar el camino que seguimos durante los primeros años del grupo, un camino de lecturas, de estudio, de debates y de búsquedas; recordar las autoras, los textos que nos marcaron, que nos generaron eufóricos debates, que desesperaron a



Fuente: Cortesía Florence Thomas.

algunas de las mujeres que habían estado en las primeras sesiones y quienes decidieron abandonar el grupo pero que siguieron como aliadas nuestras en ocasiones coyunturales. Sigo creyendo que estos primeros años, los cinco primeros tal vez, fueron definitivos para afianzar nuestra agrupación y para arraigar nuestra convicción de estar aportando, a pesar de muchas críticas de compañeros docentes del momento, algo importante en relación con el saber académico que se impartía en la Universidad y muy particularmente en la Facultad de Ciencias Humanas. Y si ser mujer hoy es no reconocerse en lo ya pensado, en los roles prescritos y en las múltiples imágenes distribuidas por los medios de comunicación, si ser mujer hoy es extraviarse y aceptar la incertidumbre como factor de construcción de una nueva identidad, entonces el Grupo Mujer y Sociedad fue el catalizador de la búsqueda particular de cada una de las mujeres que le daba existencia.

Gracias a las temáticas abordadas y a la seriedad con la cual las asimilábamos, las discutíamos, las criticábamos o las hacíamos nuestras, cada una de nosotras descubriría, de alguna manera, una libertad frente al pensar, al decir, al hacer que no conocía. Poco a poco y a medida que trabajamos los orígenes del patriarcado con los textos de Elizabeth Badinter, de Gerda Lerner y de Riane Eisler –a quien tendríamos la oportunidad de conocer personalmente más tarde, cuando la Universidad la invitó–, o las relaciones del feminismo y del psicoanálisis con Lucía Guerra, Jane Flax, Julia Kristeva, Luce Irigaray, o las angustiantes preguntas sobre la difícil construcción de la femineidad con Christiane Olivier o Silvia Vegetti, entre otras, nos volvíamos capaces de quebrar viejas explicaciones al hacer nuevas preguntas a las grandes tesis de las disciplinas sociales que compartíamos. Descubríamos que la filosofía occidental fue casi totalmente ciega en relación con la diferencia sexual y que el saber tiene sexo, con los bellos textos de Celia Amorós, de Amelia Valcárcel o de las feministas italianas encabezadas por Carla Lonzi –cuya tesis de doctorado en Filosofía se llamó *Escupamos sobre Hegel*–, o también con los escritos polémicos de las mujeres de la *Librería de Mujeres de Milán*.

La tan famosa expresión de Lacan “*la mujer no existe*” cobraba nuevos sentidos para nosotras cuando entendíamos que la mujer no existe en cuanto concepto

universal, sino como realidad biológica, como hembra, como reproductora de la especie, pero nunca con la misma connotación del concepto de hombre que, antes de significar varón o macho, tiene una acepción universal que remite a la humanidad entera. Sí, todas estábamos construyendo una mirada de la sospecha, de una irremediable sospecha epistemológica que nunca más nos dejaría tranquilas, aun cuando cada una de nosotras la asumiría de manera distinta. Pero construimos un lenguaje común, una mirada cómplice de mujeres ilustradas desde su sexo que ya no podría yacer por más tiempo en la indiferencia y en la neutralidad.

Conocimos así el largo reino de las diosas madres mucho antes de ese monoteísmo judeo-cristiano cuando un dios único y castigador nos deja huérfanas de diosas y de poder sagrado. Supimos de Ishtar en Mesopotamia, Isis en Egipto, Gaia en Grecia, Cerridwen en Irlanda, Sarasvati en la India; supimos de estas diosas veneradas por todas partes en un largo periodo antes de Cristo y entendimos cómo la instauración de un Dios Padre marcó definitivamente el fin de un periodo de respeto y admiración para las mujeres y probablemente de más armonía y solidaridad entre hombres y mujeres. Llegó el triste tiempo de la mujer sometida al Padre, al marido, al hijo, al Espíritu; fue el tiempo de la victoria del falo sobre los poderes femeninos. Siglos de dominación esperaban entonces a las mujeres desde contextos como el judaísmo, el cristianismo y el islamismo, que sabrían cómo someterlas además de culparlas de haber traído a la tierra la sexualidad, el mal, el pecado y la muerte. Una fantástica operación cultural había transformado a las mujeres de diosas en brujas, de mujeres veneradas en mujeres maléficas.

Así, leímos capítulos de este inmenso trabajo de recuperación de la historia de las mujeres bajo la dirección de Georges Duby y Michelle Perrot, para entender en qué contextos históricos se pudieron realizar estos cambios que marcarían tan profundamente la construcción de nuestras identidades. Supimos, entonces, de la difícil construcción de la masculinidad, de los tortuosos y dolorosos caminos de la femineidad y de los avatares de la maternidad en contextos patriarcales tan imponentes. Evocamos y recuperamos poco a poco partes de nuestra historia tanto prehispánica como colonial. Entendimos el devastador efecto de los inicios de la Revolución

Industrial del siglo XIX sobre la constitución de un maternalismo y un facilismo, que debíamos ahora desbancar. Rescatamos del olvido las pioneras que nos precedieron en tiempos mucho más adversos que los que conocimos. Discutimos horas enteras, sesiones enteras sobre la escritura femenina, ilustrando nuestras apasionadas charlas con los textos de Virginia Woolf, Marguerite Duras, Marvel Moreno, Alba Lucía Ángel, Ángeles Mastretta, Luce Irigaray, Hélène Cixous, Guiomar Cuesta, y hoy, la extensa obra de Doris Lessing, entre muchas otras. Y sí, nos convencimos de que la escritura de las mujeres pasa por el cuerpo y solo así se vuelve inaugural, porque deja de ser la repetición del discurso paterno, o sea del discurso del amo. Tal vez estábamos descubriendo que los textos femeninos nos acercan más a un sentir que a un saber o un decir; tal vez la escritura femenina tiene algo de más arcaico que la escritura masculina; tal vez porque las mujeres ya no quieren seguir hablando una lengua del exilio, una lengua que las extraña, la lengua del padre a pesar de que todo el mundo la llame lengua materna.

Peleando, discutiendo y sobre todo aprendiendo, crecíamos juntas al sentir que la práctica de las relaciones entre mujeres es una herramienta fundamental de transformación del mundo. Existía también a veces el desánimo, la tristeza, la sensación de que los cambios no se daban con la velocidad soñada, deseada... Algunas veces nos olvidábamos de que trabajamos con procesos sociales cuyos cambios tienen su propia dinámica. Pero sabíamos todas que para las mujeres pedir lo imposible se había vuelto posible y que la utopía no era una quimera, sino un laboratorio de ideas. Nos acompañaban las olas del feminismo internacional; nos llegaban noticias esperanzadoras en relación con los resultados de la Década Internacional de la Mujer (1975-1985), nos encontrábamos en una década –los ochenta– muy fructífera en avances legislativos para las mujeres: Colombia ya había firmado por medio de la Ley 51 de 1981 la Convención sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación contra las Mujeres (Cedaw) y se alistaba a participar en las cumbres mundiales y conferencias internacionales en las cuales las mujeres trataban de hacer oír sus voces, como la de Derechos Humanos (Viena, 1993) o de Población y Desarrollo (El Cairo, 1994) y la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer en Beijing (1995). En fin, no estábamos solas. Se

oían ecos de los logros del feminismo en muchos países del mundo. Incluso en Colombia, al lado de la Corporación Casa de la Mujer de Bogotá, que fue uno de los primeros grupos feministas en Colombia, cuya fundación se dio algunos años antes del Grupo Mujer y Sociedad. Estaban naciendo ONG, así como distintas organizaciones de mujeres y grupos como el nuestro, en la Universidad del Valle y en la Universidad de Antioquia, y se empezaba a hablar tímidamente de políticas públicas para mujeres en algunas alcaldías del país, bajo la introducción de la perspectiva de género en asuntos del Estado. La nueva Carta Constitucional de 1991 marcó también un hito importante para el feminismo colombiano. A raíz de los debates preparatorios al texto de la nueva Constitución, varios grupos de mujeres se hicieron presentes logrando hacer oír sus voces con el fin de que algunos artículos respondieran a los compromisos y convenios internacionales firmados por Colombia en relación con la discriminación y las formas de violencia en contra de las mujeres, lo cual se logró en unos seis artículos de la nueva Constitución. De este *lobby* nació la Red Nacional de Mujeres. No, ya no estábamos solas.

Y para el Grupo Mujer y Sociedad había llegado también la década de los noventa y había llegado el tiempo de formalizar, de institucionalizar nuestro saber, nuestro inaugural saber con el fin de legar algo a la Universidad, algo que pudiera avanzar ya independientemente del grupo. Claro que cada una de nosotras, desde sus cátedras, sus investigaciones, sus publicaciones y sus espacios de extensión; desde cursos de contextos, seminarios, simposios y encuentros sobre la cuestión femenina, ya habíamos iniciado de alguna manera la institucionalización de esta extraña mirada en nuestras disciplinas particulares. Y si bien es cierto que a finales de esta década teníamos teorías para explicar las formas de opresión que sufren las mujeres, y que en Colombia de alguna manera la perspectiva de género se había institucionalizado en varios sectores de la administración pública, no por esto habíamos logrado que la mayoría nos escuchase y menos aún que nos comprendiese. La invisibilidad de las mujeres continuaba estando a la orden del día. Su ausencia en lugares estratégicos de la economía o del proceso de paz, innegable; su poca participación en lugares de decisión política que nos obligó a una ley de cuotas como ley de reparación histórica, evidente. Sin embargo, nos siguen

repetiendo sin cansancio que el tiempo de las mujeres ya pasó, y que es tiempo de trabajar desde lo relacional, de reintroducir la dialéctica hombre—mujer, de pensar en la identidad masculina, en fin, tiempo de casarnos con la categoría de género.

Fue así como llegó el momento de dar a luz una primera hija, que nació en 1996, fecha de la creación del Programa de Estudios de Género, Mujer y Desarrollo en la Universidad Nacional, el cual se transformó en el 2001 en Escuela de Estudios de Género. Una generosa financiación de la Embajada de los Países Bajos permitió dar nacimiento a cinco subprogramas: dos posgrados, un fondo de documentación en gran parte donado generosamente por Magdalena León, cinco líneas de investigación y un programa de extensión a la comunidad. Hoy son ya más de nueve promociones de posgraduados y posgraduadas, un acervo de investigaciones y publicaciones que nos ubica a nivel internacional en cuanto a producción sobre la temática, además de múltiples respuestas a demandas de la sociedad, de creación de redes, observatorios e intercambios con organizaciones y ONG de mujeres en el país y en el exterior. El Programa de Estudios de Género había demostrado a la comunidad académica la pertinencia de su creación tanto para la Universidad como para el país.

También en este tiempo, el Grupo Mujer y Sociedad y nuestro feminismo se cruzó con la guerra que recrudecía en las cuatro esquinas de Colombia. Una guerra que nos obligó a abrir puertas a otros feminismos o por lo menos a otras prácticas del feminismo. Tuvimos que aprender a tender puentes entre los distintos grupos del movimiento social de mujeres para hacer frente a la guerra, para denunciar sus estragos, para visibilizar sus impactos sobre las mujeres y reflexionar sobre fenómenos como el desplazamiento que, si bien no era ni mucho menos un evento nuevo para este país que vive los embates del conflicto armado desde hace más de cincuenta años, estaba tomando proporciones nunca antes vistas. La guerra del afuera y las múltiples otras guerras del adentro, menos visibles mas no menos dramáticas, nos estaban envolviendo del todo. Pero el Grupo tenía que seguir creciendo a pesar de ellas y con ellas, es decir, tratando de hacerles frente.

Entendimos, entonces, nuestra particular manera de habitar el mundo, de entenderlo y de actuar sobre él desde la diferencia; supimos que igualdad y diferencia no eran conceptos antitéticos; descubrimos el pensamiento de la diferencia generado por ese feminismo italiano tan cálido y seductor desde una mirada crítica de la igualdad radical o neutralidad masculina; comprendimos que no hay una sola manera de ser feminista y de vivir el feminismo, y aprendimos a escucharnos, a aceptar nuestras diferencias y nuestros inevitables pequeños conflictos de poder. Sabíamos que no estábamos construyendo un paraíso, sino sencillamente una mejor manera de ser humanas, de ser humanos, que tendría que impactar a la sociedad entera y que de hecho la impactó profundamente porque al mismo tiempo que las mujeres del Grupo Mujer y Sociedad hacían esa pequeña y a la vez inmensa revolución, múltiples grupos habían nacido en Colombia y otros ya estaban trabajando en el mundo entero desde diversas metodologías y afianzando el feminismo como teoría y práctica plural. Nos sabíamos cada día más acompañadas, si bien no en la Universidad donde encontramos tal vez las más duras resistencias, sí a nivel nacional por la multiplicidad de los grupos de mujeres en las cuatro esquinas del país, y por supuesto a nivel internacional por la impresionante producción teórica en campos como los de la ética, de la historia, de la antropología y del psicoanálisis. En cada uno de mis viajes a París, me llenaba de libros, de textos académicos, de novelas escritas por mujeres y de ensayos sobre identidad, sexualidad femenina, sexualidades, masculinidad, sobre el amor, sobre *gais* y lesbianas, en fin, sobre debates que atañen profundamente a la modernidad o por lo menos a una modernidad que trata por fin de cumplir sus promesas.

Al mismo tiempo, todas nosotras tuvimos que resolver muchos nudos personales de nuestras vidas afectivas y amorosas con los hombres que amábamos, con nuestros hijos e hijas, con las otras mujeres, con los compañeros, con los y las colegas de la Universidad que por supuesto nos veían como brujas y al grupo como un aquelarre donde se cocinaba quién sabe cuál brebaje para envenenar a los hombres y decir idioteces en clases. Cada paso adelante representaba un costo grande, casi tan grande como el goce que también supimos encontrar. Entendíamos poco a poco que invertir en nosotras era

una inversión para las mujeres colombianas, porque cada una de nosotras, desde sus espacios particulares, estaba dispuesta a devolver lo adquirido. En los primeros años del grupo, casi todas las integrantes eran casadas o vivían con un hombre... Cuando el grupo cumplió 17 años de vida, solo una de nosotras seguía casada, pero solo porque había logrado construir un pacto distinto de convivencia con su compañero, pacto que él y ella lograron mantener y que sigue vigente hasta hoy. Pero para las otras, el costo de atravesar críticamente la cultura masculina había sido grande: para casi todas nosotras fue el rompimiento del vínculo amoroso. Las que ya estábamos separadas al momento de integrar el grupo nos volvíamos consejeras de las otras en los momentos de crisis matrimonial, de separación, de duelos, y más de una vez el espacio del grupo se transformó en un lugar para el *affidamento* y *la sororidad*, prácticas que habíamos descubierto con las feministas italianas.

En el grupo habíamos aprendido poco a poco a dar lugar a otro lenguaje, este lenguaje propio de las mujeres –creo que es difícil que un grupo mixto o de hombres permita que afloje el cuerpo, las emociones fluyan y que el trabajo de repente se centre en los afectos y en las angustias como en los grupos de mujeres–. Ese lenguaje femenino lleno de dolores que Martha López nos enseñó tan bellamente a reconocer. Un dolor consignado en nuestra memoria histórica y generado por lo que ella llama la maquinaria patriarcal. Sí; el grupo trabajó también con el dolor, con la memoria –nuestra memoria–, con los imaginarios femeninos perdidos o desdibujados por una historia obstruida por la cultura patriarcal. El grupo supo rescatar a menudo las emociones y volverlas indispensables para afianzar nuestra nueva manera de ser mujeres y para proporcionarnos la fuerza suficiente para construir nuestras semejantes, cosa difícil en este país de hombres y mujeres machistas, quienes todavía se resisten a abandonar una condición de subordinación y discriminación para estrenar el goce producido por el ejercicio de la autonomía y de una ciudadanía participativa.

La década de los 90 fue también un tiempo de seminarios sobre vida cotidiana y género, de cursos de contexto sobre la cuestión femenina, de eventos nacionales sobre feminismo y ciencias humanas, de la publicación del primer número de nuestra revista *En otras palabras...* (1996), que hoy tiene 16 números, de

debates sobre el concepto de género, sobre decenas de temáticas relativas a los encuentros entre feminismo y psicoanálisis, feminismo y antropología, feminismo e historia, feminismo y política, ética feminista y mujeres y guerra, entre muchas y muchas otras. Fue un tiempo de construcción de saberes, de producción de investigaciones, de construcción de redes con otros grupos y organizaciones de mujeres... fue un tiempo de enorme fecundidad tanto para nosotras como para la universidad y para el país. Porque además, como lo mencioné anteriormente, la pregunta por la guerra que vivía esta tierra nunca nos abandonó.

Para mí fue también un tiempo dedicado a divulgar este nuevo saber, a construir mis semejantes, a devolver de alguna manera lo que había recibido y recibía. Hacia mediados de esta década, comencé a disfrutar de mi pensión y fue entonces el tiempo de los viajes a lo largo y ancho de Colombia. Desde la Costa Atlántica y La Guajira hasta Neiva y Pasto, sin olvidar el Valle de Sibundoy. Desde Cali hasta Medellín, desde Palmira hasta Armenia y Cartago, desde Bucaramanga hasta Pereira, desde Ibagué hasta Tunja, Montería y Sincelejo; desde Riohacha hasta Cúcuta, desde San Andrés y Providencia hasta Buenaventura. Iba donde me invitaban; iba y trataba, en dos o tres horas, a veces una mañana y en el mejor de los casos uno o dos días, de contagiar a las mujeres de este nuevo saber sobre ellas... Y a medida que los años pasaban, me sentía más segura, con más argumentos, menos temores para confrontarme con las críticas que no faltaban por parte de los pocos hombres que asistían a mis charlas o seminarios y no resistían ese discurso, e incluso críticas de mujeres que no podían permitir que se les desordene un mundo al cual se habían sometido, o mujeres que no habían advertido todavía su discriminación. Eran mujeres quienes, al final de la charla, me decían que para ellas ese discurso era extraño porque nunca se habían sentido discriminadas, y a quienes yo respondía: “Mujer, ni siquiera te has dado cuenta aún; ojalá no te dé muy duro cuando te pase...”. En fin, en estos viajes tuve la suerte de encontrarme con una inmensa variedad de mujeres, todas tan diferentes e iguales; blancas y negras, burguesas y populares, ricas y pobres, extremadamente pobres, secretarias, maestras, universitarias, ingenieras, amas de casa, líderes comunales, indígenas, campesinas, desplazadas, reinsertadas... sí, tan diferentes y a la vez tan semejantes por compartir toda una dolorosa memoria

histórica, unos imaginarios borrosos y casi desdibujados después de siglos de maltratos, opresión, violencias, abusos, humillaciones y, por supuesto, guerras.

Sí, compartimos siglos de dolores que de alguna manera nos permiten hoy tejer la trama de un lenguaje común. Este pasado me permitía encontrar la manera de hablar a mujeres muy distintas en un mismo evento; siempre intuía su historia, y la intuía porque era la mía; estábamos hechas de la misma materia, el mismo humus; nuestro vientre había conocido las mismas aventuras; nuestra sexualidad todavía esperaba mejores tiempos y nuestros silencios históricos confesaban siglos de resistencias.

Hoy día, es decir en estos albores del siglo XXI, el grupo cambió su dinámica y sus ritmos de trabajo. Todas tenemos 20 años más que cuando iniciamos...Todas hemos cambiado pero todas seguimos impregnadas, de una manera u otra, de lo que aprendimos en el grupo y todas estamos divulgando este saber, cada una a su manera, desde disciplinas diferentes, desde apasionamientos distintos, pero compartiendo todas esta misma voluntad de profundos cambios de una cultura patriarcal que sigue resistiendo, aun cuando logramos imprimirle profundas fisuras y duros embates para los cuales no habrá marcha atrás ni posibles negociaciones, porque ya las generaciones de nuestras hijas y nietas estarán cumpliendo una tarea de veeduría y de profundizaciones de lo iniciado. El Grupo Mujer y Sociedad hoy se sigue reuniendo, ya no semanal sino mensualmente, y sigue siendo lugar de intensos debates coyunturales, de encuentro entre hermanas que ya no tienen 20 años, pero que siguen jóvenes en relación con sus sueños, sus utopías e, incluso, con su manera de envejecer.

Por cierto, mi feminismo de hoy es algo menos vehemente y al mismo tiempo más endémico, más instalado en cada uno de los poros de mi piel, en cada una de las neuronas de mi cerebro. Este feminismo me acompaña tanto que a veces me toca decirle que me deje descansar un rato, aunque todo el mundo sabe que no lo digo en serio. No hay descanso para una feminista convencida, pero con los años aprendemos a negociar con él. Y negociamos porque hemos aprendido que la tarea es larga y que los cambios con los cuales soñamos son lentos.

Tal vez aprendemos a ser menos impacientes. Además saber que nos hemos multiplicado y que existe hoy un muy buen intercambio generacional nos tranquiliza algo. Por lo menos a mí me tranquiliza.

Terminaré con una apuesta ética ante el feminismo. Sé que hay múltiples formas de ser feministas y que por ser feministas no somos santas; nos encontramos inmersas en muchos de los conflictos propios de la cultura y de la sociedad en la cual vivimos. Apenas estamos aprendiendo a escuchar la diferencia y más exactamente las diferencias en plural y no nos pueden pedir lo imposible. Hace siglos que los hombres están en la arena política y hacen política, y sin embargo parecería que no han aprendido nada o tan poquito. Hace solo algunas décadas que las mujeres han empujado la puerta de su casa para hacerse presentes en la plaza pública. No podemos hacer milagros. Pero en cuanto feminista, mi apuesta es la de apoyar a cualquier mujer, a cualquier grupo que trabaje a favor de las mujeres, de sus derechos, de su palabra, de sus reivindicaciones, de sus deseos y de su inmensas ganas de felicidad. Podré no estar de acuerdo del todo con las estrategias utilizadas, con algunos contenidos del discurso, pero nunca estaré criticando su trabajo en público. No es siempre fácil, pero es una apuesta que me hice porque hace tiempo que entendí que peleando entre nosotras estamos haciendo exactamente lo que la cultura patriarcal y sus patriarcas están esperando de nosotras: ponernos a pelear para afianzar su poder y conservarlo por más tiempo.

Así me hice feminista en Colombia, en la Universidad Nacional y gracias al Grupo Mujer y Sociedad.

Gracias María Himelda, Yolanda, Guiomar, Juanita, Nohema, Dora Isabel, Circe, Patricia, Beatriz y María Mercedes; gracias a las que estuvieron unos años o unos meses y se retiraron por distintas razones, pero que nos dejaron huellas imborrables. Gracias María Cristina, Magdalena, Patricia J., María Elvia, Martha, Ángela María y Kika, quien fuera también fundadora del grupo en el cual transitó hasta cuando los avatares de la vida la llevaron a pensionarse muy pronto. Gracias a Lya Yaneth, Elsa Olid, María Cecilia y Anita. Gracias a Xatlí, Verónica y Yira. Gracias a todas.